

¿Existe la educación entre adultos?

El 28 de enero pasado amanecimos con la dolorosa noticia del fallecimiento del querido amigo y colega Javier Trímboli (1966-2025). Desde ese día leímos en las redes y en los medios preciosos textos que hacen justicia a su figura, a las huellas que dejó en quienes lo conocimos y en los distintos ámbitos en los que intervino. A modo de repaso, menciono aquí esos ámbitos, acaso para advertir a quienes no lo conocieron, que Javier fue uno de los intelectuales más inmensos de nuestra generación: historiador; autor de ***Mil novecientos cuatro. Por el camino de Bialet Massé***; (Puñaladas, Colihue, 1999), ***Espía Vuestro Cuello. Memorias y documentos de trabajo 2004-2007*** (Crackup, 2012), ***Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución*** (Cuarenta Ríos, 2017), ***Alberto Flores Galindo. La escritura de la historia*** (ediciones UNGS, 2023) entre otros libros; artífice y militante de políticas decisivas sobre historia y memoria implementadas por los gobiernos kirchneristas; profesor; formador en instancias de desarrollo profesional docente.

Quiero hablar aquí de esta última faceta: la de formador de formadores, faceta de la que abrevé y aprendí durante años de trabajo compartido.

“¿Existe la educación entre adultos?”. Esta pregunta, pronunciada por Javier llegó a nuestros oídos a principios de los 2000 y perforó nuestras convicciones profesionales sobre la capacitación docente. Era una pregunta que hacía tambalear eso que hasta entonces había sostenido nuestras prácticas. Con ella Javier desarmaba el paradigma instalado por la reforma educativa de los años 90 que indicaba que la docencia argentina debía “capacitarse” porque era “incapaz” de asumir los desafíos del siglo XXI.

Frente a esto, Javier pateaba el tablero de la entropía, de la inercia, de lo dado.

En ese alumbramiento del nuevo siglo, Javier preguntaba si era posible la educación entre adultos y nos convocaba a trabajar en el espacio que entonces se llamaba CEPA¹, la institución de formación docente continua de la Ciudad de Buenos Aires. Todavía resonaba la crisis del 2001 y sus consecuencias, por eso nos encontrábamos de frente con trabajadores de la educación golpeados por el terrible deterioro de sus condiciones laborales.

Nosotras/os, en aquel entonces un grupo de docentes sub 40 provenientes de las Ciencias Sociales y las Humanidades (sí, nos gustaba nombrarlas así), iniciamos con Javier una trayectoria de trabajo que duró más de 20 años y que se comenzó en la Ciudad de Buenos Aires por medio de CEPA y que luego, a través del Ministerio de Educación de la Nación, recorrió todo el país.

En el primer tiempo de ese proyecto tuvimos que defendernos de varios ataques, más o menos velados, de los viejos lobos capacitadores. Sin embargo, como sucede con la vitalidad juvenil, oponernos a esas voces consagradas nos alentaba a mayores desafíos.

La primera de las críticas que recibimos fue que no abordábamos la didáctica. Otra frecuente, que trabajábamos temas que no estaban en los diseños curriculares. Esta, en particular, fue

¹ En el año 2000 Alejandra Birgin asumió la dirección general de CePA (Escuela de Capacitación Docente de la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires). Durante su gestión creó el núcleo de formación “Sociedad y Cultura Contemporáneas” y convocó a Javier Trímboli para coordinarlo.

enunciada con precisión por una reconocida pedagoga argentina, quien nos dijo que corríamos el riesgo de una “fuga academicista”.

Pero nuestra apuesta, más bien la que Javier nos contagié, iba por otras vertientes. No éramos especialistas en didáctica ni tampoco habíamos elegido la carrera académica. La aventura era poder pensar entre colegas.

Desde los lugares férreos de las distintas formaciones disciplinares y pedagógicas y sostenidos en la experiencia de la enseñanza, invitábamos a levantar las cabezas, mirar alrededor y revisar el mundo, un mundo que -casi como hoy- se nos aparecía opaco. Pero en ese mundo estaban las escuelas, el estudiantado, los docentes, los colectivos principales de las reflexiones surgidas en los cursos, los seminarios y los postítulos que llevamos adelante durante más de dos décadas. La pregunta sobre las condiciones de enseñanza y sus objetos aparecían una y otra vez, sin que fuera necesario formular interrogantes específicos sobre ellos.

Es que rodear, entornar y dar vueltas alrededor de ideas, textos, imágenes, escenas y acontecimientos hasta convertirlos en problemas fue una de las claves que nos enseñó Javier y que fuimos perfeccionando a lo largo de los años.

De eso estoy hablando: de las claves a las que Javier nos invitó para construir un modo diferente de “capacitación docente”, tan diferente que borromeaba la idea misma de “capacitación”. Pudimos tomar algunos de esos guantes que nos arrojó y con ellos construir un estilo. Otros fueron solo suyos, inigualables.

En las extensas reuniones de planificación, en las idas y vueltas de correos electrónicos para afinar cada detalle de los encuentros, en sus clases plenarias, en las comisiones y los talleres, en las consignas de escritura y en las devoluciones, Javier cuidaba celosamente el cumplimiento de una premisa, incluso, me parece escucharlo cuando decía: “no nos interesa explicar cómo se da una clase, esto se trata de una reflexión entre colegas”. Es decir: un pensamiento conjunto sobre el pasado y el presente, la escuela y los sujetos que la habitaron y la habitan, lo que se enseña, la política, el trabajo, la memoria, la revolución, el diálogo secreto entre las generaciones, la lucha de clases, la nuda vida, la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida. Un *corpus trimboliano* en expansión y tensión constante.

Esta premisa habilitó la praxis del diálogo en la que Javier descollaba, una habilidad quizás aprendida en las asambleas militantes. Ahí radicó otra de las claves de nuestra propuesta: la escucha para recuperar la palabra de las otras personas y para llevarlas hacia ideas propias, interpretaciones, pensamientos desafiantes.

Iluminar un detalle de la historia o del presente para tensar desde allí y armar mundos fue otra de las claves de este trabajo. Estas reflexiones, inevitablemente, conducían a un posicionamiento político sobre el pasado y el presente.

Y una clave más: poner a consideración un objeto, un texto, una imagen, un sonido y frente a él suspender el acuerdo o desacuerdo. Ir por otro lado: observarlo en todas sus dimensiones; darle aire, espacio, vincularlo con su temporalidad, con sus efectos.

¿Cuál podía ser el secreto para que una enseñanza fuera eficaz? También esto se preguntaba Javier. Y respondía: el secreto es la pasión por aquello que se enseña. Y en su pasión estaba la historia en la medida que pudiera hablarle al presente, en la medida que iluminara la política.

¿Existe la educación entre adultos? Resuena la pregunta de Javier. Lo que sabemos hoy, luego de transitar las experiencias que aquí relato, es que si hay educación es porque hay pensamiento conjunto y política. La capacitación docente fue para nosotros un paraguas, una excusa para hacer otras cosas. Para desafiar, avispar, incomodar lo escolar cuando es tendencia conservadora. Javier estaba convencido de que esa incomodidad, y no el conformismo displicente, encerraba la promesa de un mundo más justo.

Intenté bosquejar aquí algunas de las pistas de la forma en que Javier Trímboli llevó adelante lo que técnicamente se denomina Formación Docente Continua. Sospecho que apenas pude borrar algunas ideas, atrapada entre el nosotros que construimos, su figura enorme, el amor por un amigo entrañable y el dolor por su ausencia.

Irene Cosoy (Profesora de Historia, especializada en Desarrollo Profesional Docente)